

LLANO Y LLANERO: CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DEL FORJAMIENTO DE UNA IMAGEN

Victor Rago A.

Escuela de Antropología
FACES, Universidad Central de Venezuela.

Toda sociedad, y en particular las sociedades nacionales modernas requieren, en el proceso de su constitución y para su funcionamiento, la elaboración de imágenes emblemáticas, símbolos y figuras en que se sinteticen aspectos relativos a sus orígenes, a los diversos momentos de su devenir histórico y a valores e ideales que se promuevan como modelos, en pos de los cuales movilizar el sentimiento de adhesión a la estructura societaria.

La afirmación de los atributos que configuran una personalidad nacional específica es una necesidad evidente para trazar la frontera entre **nosotros** y **los otros**. Pero igualmente, puesto que los conjuntos nacionales distan de ser homogéneos, puede ser también necesario la confección de un repertorio de atributos que, tomado de una fracción del cuerpo social, se postule para procurar (a veces más o menos compulsivamente) el reconocimiento de todos en un movimiento identificatorio global. En cierto modo, algo de esto debe haber ocurrido al promediar el siglo XVIII y en las décadas posteriores del XIX, en el curso del proceso de conformación de la nacionalidad venezolana. Ya para entonces, el Llano era un espacio etnocultural que configuraba un ámbito dotado de caracteres bien definidos y de especificidades que lo distinguían de otros ámbitos físicos y culturales vecinos.

Quizás preguntarse desde cuándo *existe* el Llano parezca algo carente de sentido, y con mayor razón se negará sentido a toda pretensión de respuesta. Pero tal pregunta constituye un necesario punto de partida, precisamente en la medida en que nuestra comprensión del Llano -esto es, de **lo llanero**- hoy es una empresa difícilmente abordable de otro modo.

Para el venezolano actual, el "Llano" ha existido siempre, es decir, la noción de llaneridad está entrañablemente asociada a la nacionalidad y casi no puede concebirse ésta sin aquélla. Los símbolos a que se remite esta actitud están demasiado a la vista como para que pasen inadvertidos. No han dejado de manifestarse en las diferentes expresiones de la vida nacional, por lo menos desde principios del pasado siglo, especialmente en la literatura, y conservan hoy una vitalidad que invita a interrogarse sobre las circunstancias que han concurrido para asegurar **esta suerte de omnipresencia de lo llanero en el ámbito global de la nación.**

1. Cuando los europeos entran en contacto con el mundo americano, el Llano en cuanto realidad geográfica ya existía. Y no sólo existía como medio biofísico, sino que se hallaba habitado por numerosos pueblos aborígenes. No obstante, por mucho que éstos hubieran contraído con el medio que los albergaba relaciones de índole específica -y no es concebible que pudiera ocurrir de otra manera- el Llano, en el sentido de **lo llanero**, y cualquiera que sea la interpretación que se haga de aquellas relaciones, no había aparecido aún, si se nos permite decirlo así. No podría afirmarse, pues, que los indígenas que poblaban el medio llanero para el momento de la presencia europea fueran llaneros. Dueños del territorio, claro está que lo eran -al menos en un sentido particular de filiación territorial-; pero

llaneros no, puesto que el propio territorio no había recibido la denominación con la que posteriormente sería conocido, y esa denominación no consistía simplemente en una operación de rotulación práctica -suerte de bautismo instrumental, para comodidad de los invasores- sino en una operación de provisión de significado. Esta **semantización**, desde luego, no es hechura exclusiva de los españoles, pues **la constitución de lo llanero tuvo que ser obra del proceso de interacción (tan desigual y asimétrico como se quiera) entre los ocupantes originales de la región y los que a ella fueron llegando, y no simplemente el producto de "la imagen que proyectó esa realidad americana en la retina europea"** (Rosenblat, 1977: 139).

El proceso de captación de la "realidad americana", tal como puede seguirse en la crónica colonial a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, parece presentarse como una operación de circunscripciones graduales que pasa de la oposición en bloque de los mundos naturales y culturales europeo y americano -es la visión que expresan o al menos sugieren las crónicas generales al modo de la Fernández de Oviedo- hasta que se alcanza una percepción relativamente clara de las regiones particulares hacia el final del período colonial. Esta especie de focalización progresiva que conduce a la identificación de regiones y microregiones parece marchar paralela a la transformación sufrida por el carácter mismo de los documentos cronicales, en los que el contenido histórico va cediendo, poco a poco, espacio a la propensión descriptiva; como puede constatarse en *El Orinoco Ilustrado* del padre Gumilla, en *la Historia de las Misiones de los Llanos de Casanare y los Ríos Orinoco y Meta* del padre Juan Rivero o en la *Descripción Exacta de la Provincia de Benezuela* de Joseph de Cisneros.

2. Por lo que al futuro Llano se refiere, en el plano de la lengua cabe encontrar un testimonio de esta singularización creciente en la percepción del mundo americano. En efecto, las crónicas de la etapa conquistadora-colonizadora temprana se emplea la designación "*los llanos*" (en plural y con minúsculas casi siempre) al paso que, en las postrimerías del período, la región es usualmente denominada "*el Llano*" (en singular y con mayúscula), lo que, en la perspectiva que estamos procurando bosquejar, delata, tal vez, una correspondencia con la modificación acaecida en el enfoque y en el emplazamiento adoptado respecto de la región. Finalmente, el vocablo que identifica al hombre que la habita -el **llanero**- no hace su aparición documental hasta los albores de la etapa independentista, en Humboldt (1956: 178), si bien debe haber estado en uso desde algún tiempo atrás:

*Hombres desnudos hasta la cintura y armados con una lanza recorren a caballo las sabanas f... J. Estos hombres pardos, designados con el nombre de **peones llaneros**, son unos libres o manumisos, otros esclavos.*

Ya para entonces el adjetivo servía para establecer la identificación con lo regional, como en el propio Humboldt (1956: 185) se comprueba: "palma llanera". E incluso se había nominalizado, si bien la elipsis de nombre primitivo se acompaña frecuentemente de una paráfrasis que le aclara al lector el significado: "los llaneros o habitantes de las llanuras..." (**Ibid**, p. 185).

3. Las breves líneas precedentes habrán bastado para sugerir la conveniencia de diseñar un programa de investigación que se proponga abordar la cuestión de la *génesis* de lo

llanero y el proceso en el cual este concepto se fue cargando de significaciones que condujeron finalmente al establecimiento de la identificación entre lo llanero y lo nacional. En lo que sigue, haremos algunas consideraciones -a manera de contribución a aquel programa- sobre ciertos aspectos que nos han parecido de interés para la explicación del forjamiento de las imágenes estereotípicas del Llano y del llanero.

4. La figura de **José Antonio Páez** -que la nomenclatura epicizante de la historia oficial ha bautizado con la pintoresca paráfrasis cultural de *León de Payara*- suele ser vista a la luz de lo que, tanto para detractores como para apologistas, parece representar: **el símbolo o la quintaesencia de lo llanero**. Curiosa operación, por lo demás, si se considera que el caudillo no era propiamente oriundo del Llano. En Páez, pues, parecen compendiarse y alcanzar su más elevado tenor las características que, desde las más variadas ópticas, han sido atribuidas al hombre del Llano. El forjamiento de esa particular imagen del habitante de la región llanera es, al mismo tiempo, indisociable de la percepción que de la región misma se tiene, con lo cual nos encontramos con el resultado de que, a lo largo de un proceso cuyo itinerario habrá que seguir en detalle en algún momento -para esclarecimiento y rectificación de más de un aspecto significativo de la historia regional y nacional-, hombre y medio, llanero y llano, constituyen los dos términos de un binomio que expresa una visión marcadamente estereotípica de lo llanero.

Parece claro que, en la base de este proceso de fraguado mitologizador, se halla la posibilidad de reconocer regiones con perfiles históricos y etnoculturales más o menos patentes, dentro del heterogéneo conjunto nacional (que para

entonces, es decir, a principios del siglo pasado, no había superado un débil estado embrionario), y que el Llano constituía una de esas regiones. Cualesquiera que hayan sido las circunstancias originales a partir de las cuales el *surgimiento* de lo llanero hubo de producirse (y, según he sugerido arriba, el desarrollo actual de la investigación dista de haber propuesto interpretaciones plausibles), una vez que ello ocurrió la etnicidad llanera acentúa sus rasgos -o al menos ciertos rasgos- decisivamente, e inscribe sus especificidades y sus atributos diferenciales de un modo fuertemente contrastante dentro del conjunto (o mejor, de los sucesivos conjuntos) de los que ha formado parte.

Hito esencial en este proceso fue el período independentista. **Los llaneros hacen la guerra -en un bando y en el otro- y la hacen sobre todo en el Llano, para luego pasear sus glorias bélicas y la leyenda viva de sus proezas en otros escenarios y convertirse, de condición primaria de la victoria de las armas patriotas, en broche de oro de la guerra emancipadora. De ésta brota, triunfal, la figura del llanero, encarnada en una pléyade de caudillos a la cabeza de los cuales sobresale el propio Páez, quien, consumada la disolución de la Gran Colombia, será el primer presidente de la naciente república venezolana.**

Para entonces, y en lo sucesivo, lo llanero se ha instalado en el panorama ideológico del nuevo país. El tipo regional de los llanos alimenta su popularidad de la tradición gloriosa y legendaria que arrastra y se ve elevado al puesto de representante de la nacionalidad toda, a expensas de los demás tipos regionales. Es sobre todo desde esos momentos cuando resulta posible asistir al forjamiento del estereotipo. **En las fuentes documentales, especialmente en la narrativa, pueden seguirse los rastros de este proceso. Pero no sólo**

allí: en numerosas manifestaciones de la vida cultural venezolana (costumbres, música, indumentaria, culinaria y señaladamente en el léxico, la fraseología y el refranero), se constata una abigarrada sintomatología de esa penetración de lo llanero en la urdimbre ideocultural del comportamiento venezolano ordinario.

5. Páez mismo realiza algunas de las más significativas contribuciones a la elaboración ideológica de las representaciones del llanero y del Llano. En su *Autobiografía* se documentan abundantemente las más diversas referencias que suman sus efectos para componer esa imagen estereotipada de medio y hombre a la que nos hemos insensiblemente conformado. **Uno de los temas típicos es el de la hostilidad del ambiente, contra el cual el hombre se mantiene en perpetuo estado de guerra su riesgo de sucumbir a la asechanza de sus incontables peligros.** Bastarán unas pocas citas para ilustrar acabadamente este punto:

... los llaneros vivían y morían como hombres a los que no cupo otro destino que luchar con los elementos y las fieras... (Páez, 1946: 7).

La lucha del hombre con las fieras -que no son otra cosa los caballos y los loros salvajes- lucha incesante en que la vida escapa como de milagro, lucha que pone a prueba las fuerzas corporales, y que necesita una resistencia moral ilimitada, mucho estoicismo o el hábito adquirido desde la niñez... (Ibid, p. R).

El Llano, en cuanto medio biofísico no ofrece al hombre que lo habita ninguna comodidad Nada existía allí, al

parecer, que pudiera hacer no grata; sino al menos tolerable la vida humana, y aun aquello en que la naturaleza se mostraba pródiga -la riqueza pecuaria- debía serle arrancado al precio de un esfuerzo en el que la propia vida quedaba invariablemente expuesta al riesgo de su pérdida. Las notas de inmensidad, soledad, barbarie y peligro denuncian los componentes esenciales de ese ambiente en el que ciertos seres humanos estaban condenados a vivir. Por lo demás, y en evidente correlato con la hostilidad ambiental, las condiciones de la vida doméstica distaban de brindar las compensaciones a que tantas amenazas y privaciones hubieran podido conceder derecho

La habitación donde residían estos hombres era una especie de cabaña cuyo aspecto exterior nada diferente presentaba de las que hoy se encuentran en los mismo lugares. La yerba crecía en torno á su placer, y sólo podía indicar el acceso á la vivienda la senda tortuosa que se formaba con las pisadas ó rastros del ganado,

*Constituían todo el mueblaje de la solitaria habitación cráneos de caballos y cabezas de caimanes, que servían de asiento al llanero cuando tornaba á la casa cansado de oprimir el lomo del fogoso potro durante las horas del sol; y si quería entender sus miembros para entregarse al sueño, no tenía para hacerlo sino las pieles de las reses ó cueros secos, donde reposaba por la noche de las fatigas y trabajos del día, después de haber hecho una sola comida, á las siete de la tarde. Feliz el que alcanzaba el privilegio de poseer una hamaca sobre cuyos hilos pudiera más cómodamente restituir al cuerpo su vigor perdido! (*Ibid*, pp. 5-6)*

6. Por cierto que contrasta visiblemente esta visión con la que en el período preindependentista ofrecen, de la vida del Llano, otros observadores, para los cuales no parecía indispensable subrayar con tanta pertinacia las dificultades que el medio parecía levantar permanentemente contra sus habitantes. Así como tampoco lo era exaltar -en virtud de la ambivalencia que entraña la asociación de heroicidad y salvajismo en un curioso equilibrio de panegírico y estigmatización- las dotes que a aquéllos les brindaban la posibilidad de sobrevivir en tan penosas circunstancias. Véase, por ejemplo, la amable presentación de los llanos que, hacia mediados del siglo XVIII, hace Cisneros (1950: 16):

Todos estos llanos son de temperamento cálido, y seco, y tan apacible, que no molesta el calor, por las continuas y recias brisas (...). Es el temperamento muy sano, sin experimentarse en todo él enfermedades agudas por la mucha transpiración que tienen los cuerpos.

Humboldt, que recorrió buena parte del territorio de la actual Venezuela entre 1799 y 1800, atravesando los llanos en dos oportunidades (primero de norte a sur, desde los valles de Aragua hasta el Apure y luego de sur a norte, partiendo de las márgenes del Orinoco a través de lo que es hoy el estado Anzoátegui hasta la costa cumanesa), tampoco exhibe especial empeño en poner de relieve la inclemencia del medio ambiente llanero y las asperezas de la vida a que habrían de estar fatalmente resignados sus pobladores. Por el contrario, hoy podemos constatar, al calor de su grata lectura, la profunda comprensión alcanzada por el naturalista alemán de aquel medio. El cuadro que nos dibuja del mundo natural responde a una visión claramente articulada y coherente de sus diversos

elementos, inserto entre los cuales va el propio hombre. Incluso el término de "**llanos**", que aparece frecuentemente en las páginas que consagra a la región, es empleado con plena conciencia de que se trata de un vocablo, por así decirlo, especializado (Cfr. Humboldt, 1956: 167), que designa un ámbito geográfico y cultural con características ciertamente particulares, pero cuyo inventario no contiene aquéllas que, desde una perspectiva parcial e interesada, han acabado por labrar la imagen del Llano y del llanero que con posterioridad se ha impuesto.

7. En este último caso queda bien entendido que la intención es la de promover un estereotipo -del mundo natural y del hombre que lo puebla- con miras a alimentar un proyecto ideológico de consolidación del Estado nacional hegemonizado por las fuerzas sociales, económicas, políticas y militares que resultaron victoriosas en la guerra de independencia, fuerzas a las que el llanero, en cuanto tal, no pertenecía más que en condición de subalternidad; pero en cuyo nombre se tejió la rimbombante retórica de la historia oficial. Tal vez una buena ilustración de esto la proporciona una obra como la de Ramón Páez (1973), hijo del caudillo, en la cual se vierten opiniones que, en muy poco, han de haber diferido de las del padre. No extrañará, por lo tanto, que la edición original en inglés ostente el atractivo y sugerente título de *Wild Scenes in South America or Life in the Llanos of Venezuela*, construido a partir de un propósito sinonímico que no puede ser más revelador. Y quién sabe si, por un escrúpulo debido menos a una preocupación por la equivalencia léxica que a una inconsciente irritación de la sensibilidad nacionalista, el traductor al español prefirió la palabra "*rústicas*" a la de "*salvajes*" para calificar la espectacularidad de esa "*vida*". Así, desde el mismo prefacio de la obra se prodigan las muestras:

Tuve la suerte, hace varios años -no necesito decir cuántos- de encontrarme en medio de aquellas tierras cuyas salvajes escenas me propongo hoy describir. (R. Páez, 1973: 17).

...los llanos de Apure, célebre región. famosa por sus peligros, escenas salvajes, y por las muchas proezas de que ha sido teatro. (Ibid, p. 21).

No teníamos entonces que temer a las halas, pero nos íbamos a exponer a no menos peligrosos enemigos, tales como toros, serpientes y caimanes. sin contar con los pestíferos pantanos de la comarca. (Ibid, p. 23)

Es patente, además, el propósito de contrastar el carácter radicalmente distinto de los llanos respecto de las restantes regiones del país, especialmente cuando el contraste se establecía, como era frecuente entonces, con los valles de Aragua, suerte de ubérrimo paraíso en el que las expresiones decimonónicas de la vida civilizada y el optimismo del progreso humano tenían en Venezuela su natural asiento, y que -a manera de antesala del infierno llanero- constituían una suerte de anticipado resarcimiento por las fatigas y molestias que estaban reservadas a los viajeros que emprendían la aventura del Llano:

Debo confesar que aun cuando pesaroso por separarme de nuestros románticos lares de los Valles de Aragua, era tan grande mi deseo de visitar la tierra del toro salvaje y del caimán, que muchas noches antes de mi partida, sólo soñaba con las selváticas escenas y los terribles encuentros con los Señores de las Sabanas. (Ibid, p. 21).

8. No deja de ser curioso que a la difusión del tópico de la hostilidad del ambiente llanero hayan contribuido durante el siglo pasado, y sobre todo desde su segundo tercio, gran cantidad de autores, de las más diversas especies. en los más diversos géneros y con las más diversas miras. Incluso autores contemporáneos, cuyas obras suponen tentativas serias orientadas al esclarecimiento de importantes aspectos de la historia política, económica y sociocultural del llano, se muestran a menudo demasiado sensibles al impacto de la imagen estereotípica de la región y de sus habitantes. Es el caso, por ejemplo, de Rodríguez M. (1987: 79):

*La llanura venezolana (..), tierra abierta, indómita, agreste, en esencia una naturaleza primitiva surcada de ríos, caños, leyendas y aparecidos...
... un medio que le ha sido ¡al llanero] por naturaleza hostil... (Ibid, p. 83).*

Obviamente, dadas tan severas condiciones, no cabe sino esperar el surgimiento del "tipo social" correspondiente:

Distante de los centros poblados ese tipo social que se fue conformando en los llanos discurría la mayor parte de su vida luchando contra los elementos, las fieras y las duras faenas propias de la actividad pecuaria. (Ibid, p. 82).

Igualmente, Carvallo (1985), en su excelente estudio de ese original resultado del "sincretismo indohispánico" (Sanoja y Vargas, 1993) que es el hato llanero, al describir el componente central del dispositivo económico de la producción pecuaria tradicional, nos advierte:

El trabajo de vaquería, al efectuarse en un medio difícil y a menudo hostil, ya que se trataba de reducir rebaños de ganado semisalvaje sin más apoyo que el que ofrecía el caballo... (Carvallo, 1985: 45)

*Esta continuidad obedeció, en buena medida, al hecho de que el halo se cimentó sobre unas formas de criar o de permitir que se criaran rebaños en plena libertad en un medio físico que, si bien era propicio a la reproducción del ganado, resultaba sumamente hostil a la modificación por la acción del hombre (.). El llanero no sólo requería de una profunda seguridad e iniciativa para desenvolverse en un medio hostil, sino también una infinita confianza en que el compañero gozaba de idénticas cualidades, ya que en muchos momentos la vida de uno pasaba a depender de la adecuada respuesta del otro. (**Ibid**, pp. 119-20).*

Y aún en el contexto de una obra elevadamente crítica y que, entre las que se consagran al tema llanero, sobresale por la agudeza y originalidad de sus análisis, como la que se debe a Izard (1988), nos tropezamos con esa especie de invariable *leit motiv* ambientofóbico:

*En un ambiente difícil y a veces hostil sólo podían sobrevivir los baquianos, las personas dotadas de una excelente capacidad para adecuarse al medio. (p. 34)
Esta adaptación progresiva, pasiva más que activa, no es penosa para los músculos, pero, en un medio tan hostil, pone á prueba a la vez cuerpo y carácter... (**Ibid**, p. 48).*

9. Tal es la insistencia con que reaparece, aquí y allá, el asunto que quizás no sea inútil dedicarle unas palabras más. La cuestión de si un medio ambiente es "hostil", "difícil", "inclemente", etc., no puede plantearse con independencia de la sociedad que en él se alberga, ella es la que lo ha hecho su hábitat, cosa que supone, en primer lugar, atender al conjunto de las interacciones que se producen entre naturaleza y grupo humano. Claro que siempre será posible decir, en algún sentido, que un escenario geográfico es "bueno" o "malo"; pero en realidad calificaciones de esta índole son de dudosa utilidad, pues de lo que se trata es de calibrar el medio *en relación* con sus habitantes y no en cuanto tal. No es que hayan de ignorarse simplemente las características del medio biofísico; antes bien conviene que éste sea descrito tan completa y fielmente como sea posible. Pero tal descripción deja de ser relevante -al menos para el propósito cognoscente de las ciencias sociales- si no se la entiende a la luz de las relaciones de intercambio que se dan entre el propio medio y los hombres que lo pueblan **La cuestión de la calidad del medio sólo cobra sentido desde el punto de vista de la cultura que le corresponde, es decir, la que ha sido producida por el pueblo que lo habita.** Y, por supuesto, el conocimiento de aquel es ya una parte importante de la suma de saberes en que consiste la cultura.

En un lúcido artículo Sapir (1912) llamaba ya la atención sobre el hecho de que, tan pronto se supera el tópico de que entre sociedad y ambiente hay relaciones, salta a la vista el carácter indirecto propio de éstas, ya que el ambiente no se experimenta más que por mediación de la cultura. Ahora bien, sería sorprendente que la cultura del Llano concibiera el entorno biofísico que es el suyo como un factor de perpetua conspiración contra la existencia misma de la gente. Por el

Contrario, sobran los testimonios que hacen patente, no sólo el conocimiento práctico y utilitario que del medio han tenido en todas las épocas los llaneros; sino la identificación emocional y la afectuosa mirada -el "estilo mental", para decirlo con las palabras de Alonso (1961: 61)- con que lo contemplan. **La "hostilidad" del medio físico llanero es, pues, una impresión de forasteros y por lo tanto no puede corresponder a la visión de interioridad inherente a la cultura del Llano.** Esto es palmario, aun en el discurso ambivalente que exalta la heroicidad y estigmatiza la barbarie del hombre de los llanos, del que Páez (1946: 101) constituye inestimable muestra:

Los llanos se oponían a nuestros invasores con todos los inconvenientes de un desierto, y si entraban en ellos, nosotros conocíamos el secreto de no dejarle ninguna de las ventajas que tenían para nosotros. Los ríos estorbaban la marcha de aquellos, mientras que para nosotros era pequeño obstáculo que sabíamos salvar, cruzando sus corrientes con tanta facilidad como si estuviéramos en el elemento en que nacimos.

La pérdida de vista de las cuestiones a que se acaba de hacer referencia, conduce casi necesariamente a la conclusión de que, para el llanero, el trabajo es una tenaz y obstinada lucha contra el ambiente. La vida cotidiana adquiere las dimensiones de la hazaña. El esfuerzo productivo debe cumplirse en condiciones que lo asemejan a la actividad guerrera. El trabajo en la sabana expone la vida a tantos riesgos y azares, y demanda tales dosis de valentía, destreza y arrojo personal, que la frontera entre la vida civil y la militar –entre la paz y la guerra- termina por desvanecerse, y los

propios instrumentos de trabajo sirven, según las circunstancias lo requieran, al propósito laboral o al bélico:

... raza singular de hombres, cuya virilidad, bravura y destreza en sostener una guerra constante contra las bestias indómitas, y contra las fieras legiones de España, los ha colocado en el número de los héroes de la Tierra. (R. Páez, 1973: 49).

10. El forjamiento de los estereotipos del llanero y del Llano es una tarea que revela su íntimo sentido desde el emplazamiento ideológico de los factores sociopolíticos y económicos que emergieron triunfantes del conflicto independentista, y que, desde entonces, se empeñan en dar forma y concreción al proyecto nacional exigido por sus intereses fundamentales.

En el curso de los años inmediatamente posteriores a la independencia política, Páez era el caudillo de mayor prominencia. Había emergido de la guerra de independencia como el héroe popular de los llanos y su actuación le había convertido en el jefe indiscutido del Departamento de la Gran Colombia formado por el territorio venezolano. Para este momento, Páez había pasado de ser un caudillo regional a convertirse en un caudillo en el que confluían los sentimientos nacionalistas de los venezolanos. Ningún otro caudillo, ni siquiera aquéllos que podían ostentar glorias bélicas notables, le resultaban equiparables. Pero además -y es difícil no ver en esto un hecho de gran significación- se trataba de un héroe llanero. Cuando en 1830 la elite venezolana -cuyos intereses económicos y políticos pugnaban por la separación de Venezuela de la Gran Colombia- dice a Páez: "**¡General!, Tú eres la Patria**", cuesta no adivinar, en la rotunda economía de la altisonante ecuación, la prefiguración de esa condición

emocional que mueve como naturalmente al venezolano a aceptar que Venezuela es el Llano.

Así, la fundación del estado nacional venezolano queda asociada, en virtud de esa suerte de taumaturgia retórica, a la actuación de quien había venido a ser *el* llanero por antonomasia, precisamente aquél a quien se atribuía en grado sumo y concentradas en su sola y concreta persona la totalidad de las virtudes patrióticas que la colectividad llanera había - ciertamente- puesto de relieve; pero que la grandilocuencia oficial dilatava sesgadamente con una obsesión hiperbólica, ante la cual es difícil no experimentar un sensato sentimiento de sospecha.

Depositada, pues, en el caudillo llanero, ahora líder nacional, toda la materia legendaria acumulada durante los años en que las hazañas eran, según se nos dice, acontecimientos casi de todos los días, parece lógico que el camino quedara despejado para que en la mentalidad popular las fronteras regionales llaneras se confundieran, merced a una prodigiosa expansión, con las del país naciente.

11. No deja de ser curioso, sin embargo, que, cuando Páez asume oficialmente el poder; éste ya había dejado de representar los intereses llaneros, es decir, era un caudillo nacional fuertemente comprometido con los intereses de los terratenientes y comerciantes del centro-norte. **Promovido a paladín de la oligarquía por tales intereses, se transformaba en el salvador de la patria y simbolizaba los valores de la unidad nacional, el orden público y la paz. No obstante ello, explota su condición de encarnación del llanero heroico y triunfante** o, para decirlo con las palabras llenas de admiración filial de su

hijo Ramón (1973: 22), era "el primer jinete de Sur América y el más perfecto llanero de la república".

En realidad, las primeras décadas de vida republicana no presentan para las masas populares -y particularmente para la población llanera- una sensible mejoría en las condiciones de vida, ya bastante degradadas por los estragos de una guerra larga y sangrienta, y el reparto de tierras prometido como compensación a los sacrificios exigidos por aquélla no se materializa. Durante el propio gobierno de Páez la agitación en diferentes lugares del país, especialmente en los llanos, amenazaba con hacerse permanente, lo que provoca que el gobierno promulgue leyes crecientemente represivas (Cfr. Lynch, 1993: 362-5).

Paradójicamente, es en este contexto en el que se amplía y se consolidan las bases sobre las que se erige la figura emblemática del llanero heroico y se proyecta la imagen estereotipada que, de entonces para acá, no ha cesado de ser enriquecida con los aportes del discurso oficial desde los más variados ángulos.

12. A todo lo largo del siglo XIX y durante el actual, en mayor o menor medida, las imágenes estereotípicas del llanero y del Llano han sido insistentemente explotadas en un cuadro de móviles y propósitos que, en líneas generales, han mantenido su perfil. Hoy por hoy, naturalmente, resulta menos fácil percibir las relaciones que antaño se mostraban más claramente entre ese esfuerzo ideológico y los objetivos de constitución del Estado nacional.

Pero incluso si se admitiera hipotéticamente que los efectos originales conservan de algún modo su vigor gracias sólo al efecto inercial del poderoso impulso de entonces (pues

parece claro que Llano y Llanero han visto disminuir la importancia que tuvieron en la primera mitad del siglo pasado) la primacía de lo llanero persiste como un hecho de la mayor significación para el interés de la investigación social e histórica contemporánea.

BIBLIOGRAFÍA:

ALONSO, A.

1961 *Americanismo en la forma Interior del Lenguaje. En: Estudios Lingüísticos -Temas Hispanoamericanos.* Madrid. Gredos.

CARVALLO, G.

1985. *El Hato Venezolano 1900-1980.* Caracas. Fondo Editorial Tropykos.

CISNEROS, J. L. De.

1950. *Descripción Exacta de la Provincia de Benezuela. Caracas.* Avila Gráfica. Edición Orig. 1764.

HUMBOLDT, A De.

1956. *Viaje a tas Regiones Equinociales del Nuevo Continente.* Caracas. Ediciones del Ministerio de Educación. Las citas provienen del torno III.

IZARD, M.

1988. *Orejanos, Cimarrones y Arrochelados.* Barcelona, Sendai Ediciones.

LYNCH, John.

1993 *Caudillos en Hispanoamérica 1800-1850.* Madrid. Editorial Mapfre S.A.

PAEZ, José Antonio.

1946. *Autobiografía.* Caracas. Librería y Editorial del Maestro. Edición Orig. 1869.

PAEZ, Ramón.

1973. *Escenas Rústicas en Sur América o la Vida en los Llanos de Venezuela*. Caracas. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Edición Orig. 1862.

RODRÍGUEZ M., A

1987. *La Formación del Latifundio Ganadero en los Llanos de Apure (1750-1800)*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

ROSENBLAT. A.

1977. *Los Conquistadores y su Lengua*. Caracas. Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central de Venezuela.

SAPIR, E.

1912. *Language and Environment*. En: *American Anthropologist*. 14m Ed. Mandelbaum, pp. 89-103.

RESUMEN

Para el venezolano actual, la noción de "llaneridad" está estrechamente asociada a la nacionalidad. El autor analiza los símbolos a que se remite esta actitud, y procura reconstruir desde cuándo empezó a producirse esta semantización del llanero. la cual tuvo que ser obra del proceso de interacción (desigual y asimétrico) entre los ocupantes originales de la región y los que a ella fueron llegando.

Palabras-claves: Llano, Llanero, Imagen, Patria, Semantización.

ABSTRACT

For the Venezuelan of today, the notion of "llaneridad" is intimately associated with nationality. The author analyses the symbols that are related with this attitude, and tries to reconstruct the moment when the semantization of the word "llanero" (man of the plains) began to emerge. This moment was due to the process of interaction (uneven and asymmetrical) between the original inhabitants of the region and those who arrived later.

Key words: plains, man of the plains, image, country, semantization.
